

La España que no se ve.

Cómo la orografía determina nuestra forma de vivir.

1. El mapa que no miramos.

Hay una experiencia que todos hemos tenido al viajar por Europa. Salimos de España, cruzamos la frontera y, de pronto, el paisaje cambia. Las montañas se alejan, las colinas se suavizan, los pueblos se suceden sin interrupción. En Francia, Alemania o los Países Bajos el territorio es un continuo de casas, campos y ciudades. La vida se distribuye de forma homogénea. En España, no. Aquí, entre un pueblo y el siguiente hay a veces desiertos de decenas de kilómetros. La población se concentra en la costa o en unas pocas ciudades de la meseta.

Esa diferencia no es un detalle. Es el resultado de una realidad geográfica que determina nuestra forma de vivir, trabajar, agruparnos y relacionarnos. Y sin embargo, apenas somos conscientes de ella. No nos han enseñado a leer nuestro propio mapa. La geografía, que debería ser una de las enseñanzas fundamentales, se reduce en la escuela a una lista de ríos y cordilleras que se memorizan para el examen y se olvidan.

2. Un país de montañas.

España es, después de Suiza, el más montañoso de Europa. Su altitud media es de 660 metros, una de las más altas del continente. Casi el 20% del territorio está por encima de los 1.000 metros. Francia tiene una altitud media de 375 metros, Alemania de 263 y los Países Bajos de 30.

Esa orografía no es un accidente, es el resultado de millones de años de historia geológica, pero sus consecuencias son humanas. La montaña aísla, dificulta las comunicaciones, encarece las infraestructuras y limita la agricultura. Y cuando el territorio es difícil, la población se concentra donde es más fácil vivir. En España, eso significa la costa.

3. La costa como imán.

El 60% de los españoles vive en municipios costeros, a menos de diez kilómetros del mar. La costa mediterránea, desde Cataluña hasta Andalucía, concentra la mayor parte de la población. La costa cantábrica, más húmeda y verde, también atrae. El interior, en cambio, se vacía.

Provincias como Soria, Teruel o Cuenca tienen densidades de población inferiores a 10 habitantes por kilómetro cuadrado, cifras propias de territorios desérticos.

La concentración en la costa no es solo una cuestión de clima, es también una cuestión de oportunidades. Allí están los puertos, las industrias, el turismo y los servicios. El interior, mal comunicado y con menos inversión, queda al margen.

El resultado es una España de dos velocidades, la que crece y concentra riqueza, y la que se apaga y pierde población.

4. Las ciudades de la meseta.

Hay excepciones. Madrid, Valladolid, Zaragoza, Salamanca y León son ciudades que crecieron en llanuras interiores y que han logrado mantener población y actividad.

Pero no bastan para equilibrar el territorio. Madrid, con más de tres millones de habitantes, concentra el poder político y económico del país. Barcelona, en la costa, hace lo propio con el poder industrial.

Entre ambas, un vacío demográfico que se extiende por Castilla y León, Castilla-La Mancha, Extremadura y Aragón.

La Meseta, que ocupa la mayor parte del centro peninsular, es un espacio de tránsito, no de poblamiento. Las carreteras y los trenes la atraviesan, pero pocos se quedan. La España interior es, en gran medida, una España de paso.

5. Las causas históricas.

La orografía no lo explica todo. La historia también cuenta. La Reconquista y la repoblación dejaron un territorio fragmentado, con núcleos dispersos y mal conectados.

La Mesta (organización surgida en la Edad Media en la península ibérica para la defensa y el fomento de la ganadería ovina) y la trashumancia priorizaron la ganadería extensiva sobre la agricultura sedentaria. La industrialización llegó tarde y se concentró en Cataluña, el País Vasco y Madrid. El ferrocarril, diseñado desde el centro, conectó las costas y dejó el interior al margen. Y las políticas de desarrollo franquistas, con sus polos de crecimiento, reforzaron la concentración en Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia.

El resultado fue una estructura territorial que se ha perpetuado durante siglos. La España vacía no es un accidente del siglo XXI. Es el resultado de decisiones históricas que han priorizado unos territorios sobre otros.

6. Las consecuencias.

La concentración de la población en la costa y en unas pocas ciudades ha tenido consecuencias profundas. La primera fue la despoblación del interior. Más de la mitad de los municipios españoles tienen menos de 1.000 habitantes. Muchos están en riesgo de desaparición. La segunda es el encarecimiento de la vivienda en las zonas concentradas. La costa y las grandes ciudades atraen a más gente de la que pueden albergar, y los precios se disparan. La tercera es la falta de servicios en el medio rural. Sin población, no hay escuela, ni médico, ni transporte, ni comercio. La cuarta es la vulnerabilidad ante los riesgos naturales. El abandono del territorio facilita los incendios, las inundaciones y la desertificación.

Y hay una quinta consecuencia, menos visible pero igualmente importante, la pérdida de identidad. Los pueblos que se vacían pierden su memoria, su cultura y su forma de vida. Y con ellos, perdemos todos.

7. La falta de perspectiva.

¿Por qué no somos conscientes de esta realidad? La respuesta a esta pregunta es evidente: porque la educación no nos la enseña. La geografía se reduce a una asignatura memorística, sin conexión con la vida real. No nos enseñan a leer el paisaje, a entender cómo el relieve condiciona la agricultura, el transporte, la vivienda o la política. No nos enseñan que España es un país de montañas y que esa montaña determina quiénes somos.

Tampoco los medios ayudan. Hablan de "la España vaciada" como una curiosidad, un problema local o una anomalía. No la presentan como lo que es, una consecuencia estructural de la geografía y de las decisiones políticas.

La política territorial se diseña desde Madrid y Barcelona sin tener en cuenta la diversidad del relieve. Y, sin embargo, la mera comparación con otros países nos ayuda a entender lo que somos y también lo que podríamos ser.

8. Gestionar la orografía.

Obviamente, la solución no es aplanar España, sino adaptarse a su geografía a través de:

- Políticas de cohesión territorial que prioricen el interior.
- Inversión en infraestructuras y en conectividad.
- Teletrabajo y descentralización administrativa.
- Recuperación de la agricultura y la ganadería extensivas.
- Gestión forestal y prevención de incendios.
- Y una visión del territorio que no sea centralista ni uniforme.

No se trata de llenar la España vacía, sino de garantizar que quien quiera vivir en ella pueda hacerlo con dignidad y que tenga acceso a servicios, oportunidades y calidad de vida, lo que exige inversión, voluntad política y una cultura que valore la diversidad territorial como riqueza.